

B. L. M.

J. D. Luis Fernandez-Gue

su affm

Juan P. de Guzman

LA IMPRENTA,

PERIÓDICO TIPOGRÁFICO-LITERARIO

Y DE LAS ARTES É INDUSTRIAS AUXILIARES.



PROSPECTO.

TODAS ó casi todas las naciones de Europa tienen en la prensa periódica un órgano del arte tipográfico. España no le tiene, como tampoco muchas otras cosas tan necesarias para el rápido desarrollo de sus progresos intelectuales, y cuya posesion inmediata le es indispensable para poder tomar asiento por derecho propio en el gran jurado de la civilización universal. No nos ocuparemos ahora, pues no es ocasion propicia, en la multiplicidad de causas políticas y sociales que han sofocado entre nosotros el germen fecundo de los adelantos que constituyen la doble vida de las naciones, cuando á su existencia material se adhiere íntimamente la vida del alma, la vida inteligente y culta que las regenera y engrandece. Fijarémonos sólo en la carencia de ese órgano de la Tipografía, para deducir de tal premisa la irremisible, la lógica consecuencia del abandono y del olvido en que yace en España el noble arte de Gutemberg, que, ejercido sin la convicción de su elevadísima importancia, nos ofrece únicamente el espectáculo de servir de cualquier modo á la publicidad del pensamiento, con desaliño, con poco esmero, sin la conciencia y el sentimiento artísticos que engalanan la obra literaria con la pulcritud é integridad de su parte material.

Penetrados de esa verdad desconsoladora, que tantos perjuicios ocasiona al arte que se ha llamado por antonomasia el *Arte de las Artes*, el nobilísimo arte de la Imprenta, venimos hoy con este prospecto á anunciar al público la próxima aparicion de un periódico, eco fiel de las tendencias y de las aspiraciones de la numerosa clase de tipógrafos, que creemos poder interpretar, y al cual hemos bautizado con el expresivo y genuino título de LA IMPRENTA. Poco puede decirse en un prospecto, y ménos aún cuando versa sobre materias tan importantes y complicadas, que sólo al amplio y desahogado espacio puede fiarse su eficaz desenvolvimiento: pero, con el objeto de que en él consten nuestro pensamiento y la marcha que nos proponemos seguir en esta publicacion, manifestaremos desde luego que el objeto principal, único, exclusivo que pone la pluma en nuestras manos es el vehemente deseo que nos anima de que la Imprenta española salga del letargo en que la han sumido, por un lado la indolencia censurable de muchos impresores y de gran parte de cajistas, y por otro la codicia intemperante de algunos editores sin talento ni conciencia; olvidando unos y otros, ó desconociendo quizas, los servicios prestados á la humanidad por los Manucio y los Estienne, por Froben y Colines, por Turnebo y Plantino con la publicacion de sus magistrales obras, que con interes desusado y entusiasmo ardiente afanábanse en propagar, sólo por

filantropía y por amor á las ciencias, elevando al pináculo de la fama el arte que inmortalizó á su inventor glorioso, y que teniendo intérpretes ilustres en Europa, sabios legisladores despues algunos de ellos, nos permite contar entre su número á Brocario y á Ibarra, y á Monfort y á Sancha y á Búrgos. Nos abate y apena el espectáculo de la Imprenta en España, con tanta indiferencia mirada, tan en poco tenida por los que de ella sacan jugosísimo fruto con el ejercicio de su profesion editorial.

Investigaremos las causas originarias de esta postacion y de tan ominoso abatimiento, siendo así que la Imprenta española en tiempos anteriores, cuando las nuevas ideas políticas no habian ensanchado tan considerablemente el horizonte de la publicidad, ofrece una historia tan brillante cual se refleja en multitud de obras tipográficas que hoy se contemplan respetuosamente por los amantes del arte, pero sin que se pretenda, no ya superar con otras obras su mérito homogéneo, sino imitar siquiera sus accidentes más gráficos y significativos.

Procuraremos infundir al operario aplicacion, laboriosidad, celo y estímulo en el ejercicio de sus tareas; al impresor conciencia y decoro en todos los actos de su profesion; al editor consideracion y respeto al arte y á los artistas, para que no los considere granjería suya ni objeto de inmoderada especulacion, sino como elementos de propaganda de todos los ramos del saber humano.

Analizaremos el sistema de trabajo planteado entre nosotros, comparándolo con el de la Imprenta extranjera, y en el cual está la verdadera clave de los males que lamentamos, porque nuestro sistema consiste en no tener ninguno; asimismo consideraremos al operario, al impresor y al editor, relacionándolos con los editores, impresores y operarios de otros países, para deducir del paralelo quiénes son los responsables de la decadencia moral y material de nuestra Imprenta.

Nos ocuparemos con predileccion constante de las obras que hoy ven la luz en España, analizándolas en todas sus diversas y complicadas ramificaciones, en su esencia como en su forma, en el símbolo como en los atributos, en el propósito y en los resultados, en su mérito intrínseco y en el precio de su expencion, examinando económicamente si éste corresponde ó nó á los preceptos de la moral eterna y de la buena fe mercantil, hoy que tanto necesitamos de obras selectas y de poco precio para alumbrar la inteligencia de los desheredados del saber y cambiar las cifras oprobiosas de nuestra estadística intelectual. Y para este exámen nos fijaremos

L. Agustín 2-2º

Ayuntamiento de Madrid

muy especialmente en aquellas obras que por lo elevado de su costo y por su patrocinio en altas regiones reconcentren toda la atencion de la crítica, para ver si se han cumplido las condiciones con que se procuraron prosélitos, y si corresponden en conjunto y en sus detalles á lo que de tan decidida proteccion hay derecho á esperar, y aún á exigir si es necesario, de sus afortunados editores: desmenuzaremos muy al pormenor estos extremos, y seremos tan severos en nuestra censura, que nos proponemos no dar oídos sino á los acentos de la verdad pura y de la imparcialidad más estricta.

Si hay cajistas tan ignorantes, tan desgraciados, que hacen público alarde de su desamor á la instruccion y á la lectura, pretendiendo ridiculizar á los que, más ilustrados, consagran sus ahorros á la compra de libros con que alimentar su espíritu ávido de enseñanza; si estos cajistas desconocen hasta las más triviales y rudimentarias reglas de la Gramática de su propia lengua, careciendo por consiguiente de los conocimientos necesarios, indispensables para ejercer con lucimiento el arte á que se dedicaron, y que bastardean y profanan con su insuficiencia convirtiéndolo en automático ejercicio, y dando lugar á que un crítico imperito (alentado sin duda por el testimonio de un impresor renombrado que se atrevió á consignar, en una polémica artística por él suscitada y por él abandonada, que la mayoría de los cajistas se hallan dotados de los *conocimientos de un peon de albañil*), se queje amargamente, juzgando por lo que *ve*, no por lo que *debía* ver, de que una ocupacion tan sencilla que requiere *casi nada del entendimiento, y ménos aún de la fuerza física*, no sea desempeñada por mujeres, parangonando el sublime invento de Gutemberg con los más fútiles entretenimientos; si hay cajistas, decimos, que con su desaplicacion é indolencia se atraen tales censuras, que pasan á ser injustas, arbitrarias y descomedidas cuando se aplican gratuitamente al arte en general y á los cajistas idóneos, desde las columnas de LA IMPRENTA les amonestaremos á que lean, á que estudien, á que se apliquen hasta penetrarse de los deberes que les impone la práctica de una profesion que siempre ha demandado, dígase en contrario lo que se quiera, conocimientos muy superiores á los de las demas profesiones industriales. Si hay impresores adocenados, incapaces de sentir en su mente la vívida idea que el arte tipográfico entraña, mucho más elevada que la aspiracion mezquina de un lucro inmediato y sin esfuerzos, y dispuestos por tanto á comerciar con las letras como si se tratase de despreciables bagatelas, les demostraremos que esa senda no la recorrieron jamas los impresores dignos, y que sólo puede ser trillada por la planta de oscuros y pequeñuelos mercaderes. Si hay editores ambiciosos y soberbios, que presentando á la Imprenta como antemural de maquiavélicos planes, y dándose aires de filántropos y amantes de las ciencias y las artes, y de protectores del literato, del industrial y del artista, sólo piensan en *redondear negocios* más usurarios, más onerosos que los consumados por los avarientos hijos de Israel, tan vilipendiados y aborrecidos por su sordidez proverbial; si hay editores, decimos, que infatuados con el éxito, nunca reconocidos al principio, miran á la Imprenta como accidente, como escabel de su fortuna, no de modo alguno como institucion secular y nobilísima, siendo ellos la única y eficiente causa de su actual postracion y abatimiento; si estos editores, sin estudio ni instruccion (lo cual parece increíble, mas por desgracia acontece),

danse no obstante bonita maña para explotar lo mismo al público, que á los autores, que á los artistas, faltando á los compromisos empeñados con suscritores incautos para hacerles engrosar las filas de su conscripcion especuladora, tambien les exhibiremos á la pública espectacion en estrecho hemicycle, para que, bien conocidos, hallen en la crítica justa y desapasionada el correctivo de su intemperancia, de su sed hidrópica de oro, y dediquen sus capitales y sus ardides á empresas más en consonancia con su carácter que lo es ni puede serlo la noble y bien entendida especulacion de la Imprenta. Si hay libros, si hay periódicos que rinden pingües beneficios, y salen tan mal impresos, tan plagados de groseras erratas, tan estúpidamente confeccionados en fin que hacen antipática é inadmisibile su misma doctrina literaria por la oscuridad y confusion con que se la reviste materialmente, extraviando los entendimientos limitados en vez de iluminarlos, todo debido al atropellamiento injustificado con que se elaboran, tambien los presentaremos como figuras de exposicion, y el público los conocerá tan perfectamente, que de seguro no nos tachará de meticulosos ni asustadizos.

Proponémonos pues emprender una reñida cruzada contra el mercantilismo ignominioso y corruptor que hoy está apoderado de la Imprenta en España, causando males sin cuento á nuestro crédito civilizador, pues la cultura de los pueblos no se mira por otro prisma que el que ofrece el espejo refractario de su Imprenta. De poco sirve que nuestros literatos se afanen noblemente y que sus obras sean aceptas y ensalzadas. Seránlo sólo entre nosotros, sin que su fama trascienda más allá del gabinete de bibliófilos cosmopolitas, pues los libros españoles no hallan salida en el Extranjero, no porque se desprecie nuestra literatura, que muchas veces se traduce, trunca, mutila y disfraza segun los fines particulares de desenfadados usufructuarios, sino por el descrédito en que ha caido nuestra tipográfica industria en los grandes mercados bibliográficos de Europa. Á conseguir que se imprima bien; á demarcar al operario y al impresor *que lo necesiten* la senda de sus derechos y de sus deberes, no en tono pedagógico, que siempre sentaria mal con nuestra poca autoridad y ningunas pretensiones, sino con la persuasion y el ejemplo, tienden nuestros esfuerzos, así como á enfrenar la codicia de los editores metalizados: el resultado demostrará si sabemos ó podemos corresponder á tan levantado propósito.

Por último, si alguna consideracion merece el pensamiento de extender en nuestra patria la aficion á la lectura, haciéndola más amena y fructuosa á medida que una noble emulacion entre las personas que de la Imprenta viven vaya presentando más limpias y correctas las obras tipográficas, nosotros la reclamamos desde luego, no como interesado premio de debilísimos esfuerzos, sino como aliento, como incentivo de la fe que hoy nos lleva á realizar un proyecto concebido há muchos años, desesperanzados ya, tal es la indiferencia, el punible desden con que se mira arte tan importantísimo, de que plumas más dignas se nos anticipen en la honrosa empresa de narrar sus excelencias.

¡Dichosos nosotros si en nuestra pequeñez, en nuestra insignificancia hallamos bastantes fuerzas para cimentar una sola piedra que sirva de base al edificio de la regenerada Imprenta española!

BASES DE LA PUBLICACION.

Este periódico saldrá todos los Domingos, á contar desde el próximo Enero, y constará de ocho páginas de forma igual á la de este prospecto.

Aunque consagrado con predileccion á la Imprenta, no dejará de tratar interesantes cuestiones en sus columnas, y por plumas acreditadas, á cuyo efecto daremos gran ensanche á la parte literaria.

Todos los adelantos de la Imprenta, todo el movimiento intelectual del mundo civilizado tendrán cabida en sus páginas; y en la exposicion de este movimiento hallarán sólida instruccion las personas aplicadas y laboriosas, sean ó nó de la profesion tipográfica.

Constará de las secciones siguientes:

- 1.^a *Tipografia teórica y práctica en todas sus esferas.*
- 2.^a *Bibliografia general.*
- 3.^a *Revista de la Semana.*
- 4.^a *Variedades.*—Bajo este título se tratarán asuntos de actualidad y de interes general.
- 5.^a *Agencia.*
- 6.^a *Anuncios.*

La Agencia está destinada á la insercion gratuita de todas las noticias de movimiento personal y material que se nos comuniquen por los suscritores, y cuya importancia fácilmente se comprende. En esta seccion podrá el dueño de Establecimiento solicitar operarios, manifestar su traslacion de domicilio, traspaso ó enajenacion de alguno ó de todos sus utensilios, permuta de alquileres, etc.; el operario solicitar colocacion, etc.

Los impresores de provincias hallarán en esta Agencia grandes ventajas, pues con sólo dirigirse á esta Administracion serán conocidos de los impresores de la Corte, y mutuamente podrán favorecerse con acuerdos y convenios. Ademas se encarga esta Administracion, en obsequio á los suscritores de provincia, de evacuar encargos concernientes á la adquisicion de manufacturas en la Capital, remitiéndolas á su destino sin más gravámen que el indispensable de comision.

Disfrutará ademas el suscriptor del beneficio de poder insertar gratis mensualmente un anuncio que no exceda de diez líneas de columna, muy bastante para dar cuenta del objeto que se proponga, siempre en armonía por supuesto con la índole del periódico. Si se tiene en cuenta el precio de 300 rs. que asignamos á la página entera de anuncios, muy módico sin embargo comparado con los de otros periódicos semejantes del Extranjero, resultará que el suscriptor anunciante recibe gratis el periódico, pues á más del precio de suscripcion asciende el importe del expresado anuncio.

Bien se nos alcanza que habrá muchos suscritores que no tendrán necesidad de aprovecharse de las ventajas del anuncio; mas en cambio utilizarán una y otra vez los beneficios de la Agencia; y suponiendo que los haya ajenos á ambos beneficios, desde luego advertimos que no se nos ocurre el medio de recompensarles sin establecer censurable privilegio. Bástele á cada suscriptor el conocimiento de su derecho.

Ahora fijémonos en las personas que más eficazmente pueden aprovecharse de esta publicacion:

Ademas de los impresores, cajistas, prensistas, conductores de máquinas, encuadernadores y libreros, los fundidores, grabadores, litógrafos, almacenistas de papel, tintoreros, mecánicos, cerrajeros, carpinteros, y muchos otros que comercian con artículos necesarios á la Imprenta, y cuya enumeracion sería harto prolija.

Todas estas personas hallarán grande ventaja anunciándose en este periódico, verdadero centro de publicidad de todo lo que más ó ménos directamente se roza con la Tipografía, y cuya eficacia no hay necesidad de encarecer, pues sabido es que aquí serán leídos por personas interesadas los anuncios, lo que no sucede en otra clase de publicaciones.

Cuando los anuncios excediesen de dos planas, los repartiremos gratis con el número á que correspondan.

Todos los meses insertaremos la lista de nuevos suscritores, adicionando la general que daremos con el último número del próximo Enero.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid 5 rs. al mes y 12 por trimestre.—En Provincias 14 rs. trimestre.—En el Extranjero 20.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, NÚM. 9, LIBRERÍA DE DURÁN, Y EN LA ADMINISTRACION, CALLE DEL LIMON, NÚM. 1.

MADRID 1865.

IMPRENTA DE TOMÁS REY, Director-Editor responsable.
Calle del Limon, núm. 1.

LA IMPRENTA,

PERIÓDICO TIPOGRÁFICO-LITERARIO

Y DE LAS ARTES É INDUSTRIAS AUXILIARES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, 5 rs. al mes y 12 rs. trimestre.
Provincias..... 14 —
Extranjero..... 20 —
Cada número suelto cuesta dos reales.

ADMINISTRACION,
Limon, 1.

Sale todos los Domingos.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS.

Por una página entera..... 300 rs.
Por media página..... 160
Por cuarto de página..... 90
Los demas anuncios convencionalmente.

ADVERTENCIA.

Circunstancias de muy fácil comprension nos han impedido publicar LA IMPRENTA desde el primer Domingo de Enero.

Sale pues hoy, primer Domingo de Marzo, sin alterar en nada las condiciones del Prospecto circulado en Diciembre del año último.

La suscripcion queda abierta desde hoy.

PRELIMINAR.

ARDUA empresa acometemos al publicar un periódico destinado á ocuparse del estado de la Imprenta, y con especialidad de la Imprenta española, obligándonos por lo tanto á exponer los medios de sacar á ésta última de su lamentable postracion.

Ya lo hemos dicho en el Prospecto: años há que concebimos el proyecto que hoy realizamos, y cuyo aplazamiento indefinido ha estribado solo en la desconfianza de nuestras fuerzas, temerosos de no corresponder en la esfera de la práctica á la alteza del pensamiento. Porque no se trata de un periódico elemental y rutinario para la enseñanza de los operarios de la Imprenta, á quienes en general consideramos instruidos en el ejercicio de su profesion; y cuando nó, ahí están los Manuales tipográficos, cuyas páginas enseñan con más discrecion, eficacia y baratura que los mal hilvanados conceptos de rapsodistas y traductores. No se trata de seguir las huellas de los que nos han precedido, imitando servilmente sus defectos al apropiarnos sus bellezas, ni de recoger ajenos frutos, espigando el campo que otros labraron y fecundaron con el sudor de su frente. Nos ocuparemos, sí, de la Imprenta, teórica y prácticamente, mas no por hábito y de una manera exclusiva y absoluta, que ésta sería facilísima tarea habiendo libros y periódicos de quienes copiar con toda libertad, sino incidental y más ó ménos ampliamente, segun lo exija la índole de los asuntos de que tratemos; y, al obrar así, obedecemos á dos razones poderosas: la primera, que no nos consideramos debidamente autorizados para convertirnos por derecho propio en preceptores de los tipógrafos españoles: comprendemos la inmensa responsabilidad del que se erige en pedagogo, que ni quejarse puede con justicia cuando se demuestren sus errores, pues ya nos dijo el fabulista que el que hubiese de reprender fuese irrepreensible; la segunda razon es, que no tanto consideramos indotado al operario de los necesarios conocimientos para el mejor desempeño del Arte, cuanto

cohibido por circunstancias adversas, poco estimado y peor recompensado por los que explotan á su sabor la Imprenta; sin que por esto deba suponerse ni aún remotamente que olvidamos el enjambre de parásitos, de verdaderas nulidades que se desarrollan á la sombra del favor en los Establecimientos privilegiados, y que crecen y suben, cual insana hiedra, en mengua del Arte y de los artistas ilustrados.

Nosotros marchamos por nuevo derrotero. En vez de circunscribir nuestro periódico á los estrechos límites de clase, deseamos generalizarlo segun la acepcion lata y universal de su mismo título. Se dirigen nuestros esfuerzos á procurar por todos los medios posibles la extirpacion de ese mal funesto que consiste en imprimir desatentadamente, destrozando el idioma castellano y las más bellas oraciones con las groseras erratas y el punible abandono con que se les *exorna*; á trabajar sin tregua ni descanso hasta lograr que la lectura sea más correcta, amena y fructuosa para los que en ella buscan el precioso pasto de la instruccion.

La esperanza de que más dignas plumas nos eximiesen de la tarea que hoy tomamos á nuestro cargo, detúvonos siempre al intentar la realizacion del arraigado designio. Mas los años han trascurrido; el estado de la Imprenta en España es cada vez más deplorable, más angustioso, más desconsolador; y el remedio que esperábamos no llega, y la Imprenta sigue muy lejos de corresponder á los fines de su elevado instituto: el charlatanismo estúpido ha tomado cartas de naturaleza entre nosotros, invadiendo el templo del Arte fundado por Guttenberg, y mostrándonos multitud de traficantes sin conciencia ni entusiasmo, afanados por sacar el mejor partido de la más digna y grande de las profesiones, como que al mismo tiempo entraña en su pristina esencia los galanos atavios de institucion preclara y majestuosa; y el remedio anhelado no llega, y la Imprenta sigue vejetando en el más ominoso abatimiento: la publicidad adquiere de dia en dia mayores proporciones, y sus horizontes se ensanchan tan rápida y extraordinariamente, que bien puede decirse que las ideas no caben ya en la mente del siglo XIX, y que, cual receptáculo de límpidas y comprimidas aguas, pronto á romper sus diques y extenderse por las campiñas vecinas para fecundarlas con riego vivificador, nuestro siglo, oprimido por la exuberancia de ideas, pugna por romper diques y saltar vallas para alumbrar con luz inextinguible todas las esferas del humano entendimiento; y la Imprenta española es el vehículo, pero no más que el vehículo de la universal publicidad, como la pila voltaica es el agente de los fenómenos galvánicos, sin que por eso tenga la conciencia ni el sentimiento de sus actos.

Hombres de letras, repúblicos ilustres, pensadores insignes se agitan y desvelan buscando medios para esparcir entre nosotros la pública instruccion, abrumados como buenos por la pesadumbre impía que lleva

Marzo 4.

al ánimo nuestra estadística intelectual, con su nefanda cifra de trece millones de españoles que no saben leer, y que por tanto no pueden tener plena, inmutable, íntegra conciencia de sus derechos ni de sus deberes. Quién propone que se impriman libros breves, de sencillo y recreativo estilo, de ejemplos instructivos y morales, de pensamientos religiosos y de edificantes máximas; quién aboga por la creación de nuevas y numerosas escuelas, por la decorosa dotación de esos dignísimos ciudadanos consagrados á la enseñanza primaria, y cuya pobreza y poco valimiento sólo pueden compararse, para mayor ludibrio nuestro, con su paciencia estoica, con su resignación cristiana, con sus heroicas virtudes y lo augusto de su magisterio; quién considera de fecundos resultados la medida que adoptase la Iglesia de no bendecir al varón que sin saber leer aspirase al matrimonio; quién, infiltrado del espíritu civilizador de una Constitución famosa, pide no se tenga por ciudadano al que, llegado á su mayor edad, no sepa firmar; quién por último, mucho más radical, y en nuestro concepto más fundadamente, propone que la educación primaria sea obligatoria, absolutamente obligatoria, imponiendo penas severas á los padres descorazonados que, por comerciar prematuramente con el sudor de sus tiernísimos hijos, les dejan crecer en la ignorancia tenebrosa y en la indigencia del espíritu, engendradoras de crímenes horrendos y de estupendas abominaciones, que han de tener por séquito perenne la reprobación de la sociedad, la desgracia de toda la vida, los hierros del confinado ó la argolla del cadalso.

Mas es lo cierto que nadie ha propuesto todavía que los libros que se impriman sean correctos y económicos, para que la afición á la lectura se despierte vivamente, y el pueblo halle en ellos solaz y deleite; y al hablar de este pueblo nos referimos á las tres cuartas partes de esos cuatro millones de españoles que *leen lo que saben*, entre los diez y siete millones que pueblan nuestro extenso territorio; pues no creemos exagerar afirmando que no excede de medio millon el número de verdaderos lectores españoles, de los lectores que *saben lo que leen*.

Pues bien: examinando las publicaciones que hoy ven la luz en España; penetrando con el escarpelo de la crítica en sus más íntimas raíces; analizándolas en su esencia y en su forma, en el símbolo y en los atributos, en el propósito y en los resultados, según decíamos en el Prospecto; deduciendo consecuencias económicas de la relación entre las manufacturas empleadas, el costo de la mano de obra y el precio de su expendición, tendremos por demostración lógica, precisa é indeclinable de esta tesis, que tanto más digno será de la protección de los Gobiernos y de la simpatía de los pueblos el que publique mejor y más barato, sin otra norma que la civilizadora de propagar las luces para iluminar el espíritu de las masas ávidas de enseñanza y la de una modesta, natural y legítima remuneración de sus afanes, cuanto indigna y censurable la conducta de quien, tomando á la Imprenta como instrumento de sórdidos planes, sólo aspira al mayor y más inmediato lucro, sin vacilar en los medios, sin que nada le importe la general instrucción, con tal que esos medios conduzcan á *redondear negocios*, á elevar la cifra de sus ganancias líquidas en la usuraria agenda de una explotación famélica por lo impaciente y desusada.

Y cuando demostramos palmariamente é irrecusablemente las tropelías que se cometen á la sombra de la Imprenta, los desafueros de algunos adocenados editores y las fortunas que se levantan sobre el triple cimientito de los dónes literarios, de los esfuerzos artísticos y de la inocencia de los suscritores; cuando, al hacer la más severa crítica de esas producciones, acompañemos al aserto su prueba plena y justificativa; sobre haber usado de un derecho á todas luces legítimo, habremos cumplido un deber de justicia que irresistiblemente nos lanza por una senda aún no trillada sino vergonzante é insuficientemente en las gacetas de periódicos, deseosos de atacar el mal en sus fundamentos esenciales, de evidenciar muchos escandalosos abusos que ahora mismo se perpetran, porque hasta ahora tampoco ha habido quien les salga al frente para imponerles el condigno correctivo; en una palabra, pretendemos aniquilar el agio de ciertas gentes *non sanctas*, prestar *servicios* al Estado, hacer la luz en algunas tinieblas, ennoblecer á la Imprenta y difundir más la instrucción.

Viniendo ahora á la parte materialísima de la Imprenta, digamos: si un libro, si un periódico pueden expenderse á determinado precio, ¿por qué no se han de confeccionar con todo el esmero, con toda la diligencia que reclaman como artículos de pública contratación? ¿No se sacan multas (siempre pequeñas por desgracia si consideramos la enormidad del delito) á los tahoneros y otros defraudadores de artículos de consumo, cuyas noticias nos dan con fruición loable esos mismos periódicos que, no viendo en su ojo la viga del Evangelio, ven no obstante la paja en el ojo ajeno? Porque para nosotros son tan públicos los géneros de la Imprenta como los demás artículos de primera necesidad: éstos alimentan el cuerpo; aquéllos alimentan el espíritu: la adulteración de los primeros trae las enfermedades físicas; la adulteración de los últimos engendra el hastío, el marasmo del entendimiento, la temible enfermedad moral; seca los gérmenes del saber, y puede ser causa de grandes trastornos sociales.

Y la razón es obvia. ¿Cómo se ha de generalizar la afición á la lectura, cuando las obras bien hechas no tienen otro albergue que las bibliotecas de los grandes, á semejanza de los antiguos códices, siempre alojados en suntuosas moradas por lo excesivo de su precio? ¿Cómo avivarse el ansia de instrucción cuando hay libros, cuando hay periódicos de esos que llegan á todas las clases, tan estúpida, tan groseramente elaborados, que son el oprobio de nuestra Imprenta y la desesperación de los que entienden poco de letra y sin embargo quieren aprender? Coged un libro en caracteres extraños, y proponeos examinarle en sus detalles: ¿no le arrojareis con enfado cuando veais la imposibilidad de llegar al anhelado éxito por la falta de trazos gráficos y justificativos? Pues para el lector inexperto siempre son extraños los caracteres en que diariamente se le propinan ciertas indigestas lecturas, como todo su cuerpo era rostro para aquel mendigo á quien un filántropo preguntaba cómo podía resistir el frío en sus desnudos miembros, ya que en la cara se comprendía por la costumbre de llevarla siempre al aire. Así es que la mala impresión, las continuas erratas que truncan el sentido y alteran la forma literaria, aseverando á las veces lo contrario de lo que se quiere consignar, son causas más que suficientes para confundir y perturbar las ideas en la mente oscura de los proletarios del talento.

Es pues preciso, indispensable, trabajar con fervor y constancia hasta desarraigar la viciosa é inveterada corruptela de imprimir mal y de leer rutinariamente, identificándonos con los errores de la Imprenta, y enmendándonos intuitivamente cuando más, sin considerar que hay trece millones de españoles que gimen en el ostracismo de la inteligencia.

Para eso fundamos este Semanario, que consagramos al fomento de la Imprenta en todas sus esferas; á la crítica de las obras que vean la luz pública; al análisis de los elementos constitutivos de la Tipografía y al examen de sus diversas aplicaciones, que indudablemente despertarán la emulación y el estímulo entre las clases que de la Imprenta viven, dando por resultado el mayor ensanche de la instrucción en nuestra patria.

Si para empresa tan importante contáramos solo con la triste exigüidad de nuestras humildísimas fuerzas, ¿cómo habíamos de ser tan temerarios que nos halagase la idea del éxito satisfactorio, cuando al contingente civilizador no podemos aprontar otro caudal que el del mejor deseo? Mas por fortuna contamos con la eficaz cooperación de insignes escritores, identificados en un todo con la idea de esta publicación; y con este poderoso apoyo no vacilamos en augurar á sus columnas la más próspera acogida.

Bien sabemos que, á pesar de todo, no nos faltarán enemigos, y quizás rudos, quizás destemplados é iracundos: lo sabemos, y los aguardamos tranquilamente: la verdad tiene muchos enemigos; pero ¡son tan débiles, en medio de su saña, los enemigos de la verdad! Nosotros, firmes en la plenitud de nuestros derechos, respetando escrupulosamente todo lo que sea digno de respeto, y deseando hallar frecuentes ocasiones de tributar elogios á quien justamente los merezca, proponémosnos al mismo tiempo ser inexorables con cuantos se pongan á tiro de nuestra censura, que la experiencia demostrará si es ó nó legítima y fundada.

ORÍGEN DE LA IMPRENTA.

Ninguno de los grandes acontecimientos de la humanidad, de los grandes fenómenos sociales, de los sublimes y portentosos descubrimientos de la ciencia podrá cumplidamente apreciarse si no nos trasladamos con el pensamiento á la época en que germinaron; y más aún, si no nos remontamos á las épocas precedentes, con el fin de sorprender en ellas el secreto de la lenta y laboriosa incubacion en que se han ido formando.

Para apreciar en toda su amplitud los inmensos bienes con que dotó al mundo la invencion de la Imprenta, necesario es considerar la constitucion del siglo xv, que la mecío en su cuna, y pasear una rápida ojeada por los tiempos anteriores.

El siglo xv es el más grande de los siglos, aunque entusiastas admiradores de sucesivos hechos se empeñen en reividincar para el siguiente toda la gloria y todos los laureles de aquella centuria magna; y aunque crean asimismo que el siglo xix, con sus progresos y reacciones, con sus vicios y virtudes, con sus triunfos y martirios, con sus nunca satisfechas aspiraciones, con sus grandes catástrofes y sus tremendas hecatombes, es el primero y único de los siglos, pues que, pasados los anteriores, aún no tiene rival en los tiempos que están por venir.

En el siglo xv está la historia de todos los prodigios, de todos los altos hechos, de todas las empresas señaladas, de todas las maravillas. Lo que no consuma, lo inicia. Llevando en su esencia el fecundo germen de las especulaciones científicas que el viejo mundo, henchido de ardiente espíritu investigador, no pudo establecer por falta de tiempo, de ese motor que allana todas las dificultades y remueve todos los obstáculos, el siglo xv era demoledor ariete de vetustas y carcomidas tradiciones, y el constructor del edificio social que habia de levantarse al impulso de su voluntad prepotente.

Gemia el siervo bajo todo género de sufrimientos: la diversidad de razas convertia al desheredado en paria abyecto, en aherrojado esclavo: el terruño usurpábale el sudor; la mesnada reclamaba su cuerpo; su honor yacia bajo la jurisdiccion del inmoral derecho de pernada, y su vida pendia de las iras ó del antojo de desenfrenados magnates. Éstos mismos, movidos por la feroz envidia y por la ambicion más insaciable, destrozábanse brutalmente, sin que la razon fuese oída ni el derecho respetado. Apoyados en el privilegio y la fuerza; celosos de sus prerogativas, engendrados al calor de la más estúpida concupiscencia; refractarios al consejo, á la fraternidad, á la obediencia y al deber, atropellaban á los pueblos y se burlaban de los reyes. Oligarcas turbulentos, cuando á sus miras cumplia dignábanse proteger al príncipe, quien frecuentemente recompensaba tales servicios con florones de su propia diadema, temeroso de los instintos rapaces de sus famélicos feudatarios.

Hé aquí la institucion del Feudalismo, bastardeado en su mismo origen al organizarse. Puente entre los Bárbaros y la cultura moderna, sobrepuja á aquéllos en sus depredaciones; y, si algo hace por la civilizacion del mundo, débese únicamente á su providencial mision como sistema gubernativo, que impulsado, aunque resistiéndolo, al progreso social, no puede menos de repeler la esterilidad absoluta. Á la sombra de la Religion Divina, y sobre las ruinas de aquellos tiempos en

que Grecia y Roma, el Egipto y la India brillaron con luz deslumbradora, levántase el Feudalismo, sirviéndole de base la explotacion del suelo, la propiedad territorial, y de medio de conservacion y acrecentamiento el derecho insolente de conquista. Pronto aspira á mayores bienes; y, siendo dueño de las cosas, quiere tambien serlo de los hombres, resucitando en más odioso grado la esclavitud romana y las impurezas del Paganismo. De agricultor se convierte en guerrero, de colono en conquistador, de padre del desvalido en su déspota y verdugo. El Feudalismo está armado formidablemente: su cuerpo es el castillo, sus ojos las troneras, la espada su lengua y su saludo la muerte. Sin abjurar sus creencias religiosas, ántes bien ufanándose en profesarlas; pendiente del cuello el relicario, y en la mano la homicida espada, ese gigante siniestro todo lo atropella; profana el signo santo de la Redencion llevándole al combate con sacrílega hipocresia, y allí le hace testigo de crímenes y violencias. Lleva la verdad en los labios, y la impostura en la mente. Predica la moral, y asombra al orbe con la trágica serie de sus sangrientas tropelías; injuria y abate lo mismo que ensalzar pretende: el pensamiento es lúcido, el corazon está encenagado: quiere con la razon consolidar la justicia, mas no lo permite el empedernido sentimiento. Éste es el Feudalismo hasta el siglo xv: ésta es la obra que aniquilará este siglo. Época de agitacion continua y de trastornos sin fin la de su dominacion infausta, las clases se ponen frente á frente, se cuentan, y el pueblo se halla superior á sus odiados opresores: lucha por su emancipacion, mas sus esfuerzos se estrellan en las murallas de granito, y sus helados cuerpos *adornan* las almenas del castillo. ¡Bárbara lucha en que la fuerza santa del derecho siempre es avasallada por el irracional derecho de la fuerza!..... Pero la pólvora brotará; brotará la Imprenta; y con estos elementos poderosos, puestos al servicio de la inteligencia, la justicia triunfará, levantándose sobre todas las tiranías.

Con efecto, hé aquí la pólvora surgiendo del fondo de un claustro en Alemania: es un monje ascético quien ha fundido el rayo tormentoso que abatirá los torreones y dismantelará las fortalezas; es Schwartz quien esparcirá su invento por el mundo, aquilatando el valor de los hombres por la fuerza de los corazones, y destruyendo las ventajas del juego de armas entre los combatientes. Es el principio de la emancipacion de pueblos y reyes, la señal de sumision de los señores. En la general conflagracion que á la Europa aflige, y al fragor de la revuelta lid de la nueva idea en pugna con las ideas antiguas, los pueblos luchan por su independencia, las clases todas por su preponderancia. La Alemania pelea, y son guerreros sus arzobispos: unos á otros se sitian, se acometen y destrozan, y es fruto de sus victorias la rapiña y el dolo, la sangre y el fuego, la violacion y la muerte. La Inglaterra, como la Italia, arden en civiles discordias: en la primera, ramas aristocráticas disputándose una corona teñida con sangre de niños y lágrimas de mujeres, é impregnada de los siniestros aromas de las dos *Rosas* fraticidas: la *Blanca* de los Yorck y la *Encarnada* de los Lancaster: en la segunda, bandos de encarnizados agitadores, de díscolos tiranuelos que despiadadamente la esquilman, sin que puedan borrar su afrenta los dulces ecos de sus inmortales clásicos, esculpidos en todos los corazones, grabados en todos los entendimientos. Luis Onceno, el rey sátrapa, el ogro de los reyes, ese príncipe impío y fementido, es no obstante poderoso genio contra el arrogante Feudalismo, tanto más exal-

tado cuanto más cerca está de su agonía. A la voz de *France et Saint-Denis* halaga al Pueblo y enfrena á la Nobleza; dicta la ley á sus feudos tributarios, y vence y arrolla al Temerario borgoñon. Ocupado en unificar la política y el territorio, hace treguas con el Extranjero, ensancha las franquicias populares y consolida su trono fuertemente; ese trono que recuerda el heroísmo de Juana de Arco y la imbécil ingratitud de Carlos VII, y que Francisco I ha de embellecer con el esplendor de la majestad guerrera. España también trabaja por su unidad territorial y política. Al desastroso reinado de Enrique IV sucederán más felices días. Los Reyes Católicos, ayudados de Colon y de Cisneros, cerrarán la civilizadora marcha del siglo décimoquinto. La Nobleza tumultuosa es subyugada, la morisma vencida, creados los ejércitos permanentes, y el Trono de Aragón y de Castilla cimentado en la sólida base del respeto del Pueblo, del Clero y de la Nobleza; que á todos por igual obliga el imperioso *Tanto monta*. Entretanto, y mientras las grandes conquistas científicas condenan las bastardas de la fuerza bruta y derrocan el soberbio Feudalismo, afligen al mundo conmociones tremendas. Lúchase entre las religiones, entre las civilizaciones, entre las nacionalidades, entre las instituciones, entre la manera de ser de los pueblos y de los reyes y de los señores. La tierra fermenta, ruje sordamente y amenaza estallar cual comprimido volcan: es el parto de la Edad Media, que sucumbe al dar á luz la Edad Moderna: la idea se sobrepone al hecho, y la luz de la verdad aparece dilatando los horizontes del mundo.

Ha nacido la Imprenta. La Imprenta, que se ignora quién la ha descubierto, pues la humanidad egoísta reclama para sí la honra, negándose la al inventor glorioso; que no otra cosa es forjar patrañas para envolver en las sombras del misterio el origen de un Arte á cuyo frente resplandece con aureola eterna la colosal figura de Guttenberg; la Imprenta, que todos presentían, que nadie manifestaba, pero que no sorprende sin embargo á los suspicaces escudriñadores de históricas reminiscencias. Ellos nos dirán, apoyados en coincidencias más ó menos extrañas, más ó menos aceptables, que los primeros impresores fueron Agesilao y Ciceron: éste por haber hablado de arrojar al suelo un alfabeto y componer luego una frase, y aquél por haberse escrito en la mano una palabra para estamparla en los hígados de la víctima bestialmente inmolada á la superstición de arúspices agoreros: los metafísicos dirán que el impresor primero fué Saturno, esto es, el Tiempo, argumento sofisticado y ocioso; y los positivistas vulgares, que impresores eran asimismo los alfareros de la Roma antigua, porque marcaban sus manufacturas de barro con caracteres abiertos en el hierro. Dirán los más prudentes que la Imprenta se usaba ya en la China y en el Japon desde tiempo inmemorial; como dirán también que el vapor data de Arquímedes, y la electricidad de Thales, de Semíramis los túneles subacuáticos, de Nechos la ruptura del istmo que hoy canaliza Lesseps, y los buques blindados de época remota. Vendrán los descontentos con todo lo moderno, y nos repetirán la excéptica y desconsoladora frase del Rey Hebreo: *Nihil novum sub sole*. Ellos confundirán la existencia de las cosas con su aplicación práctica y precisa, deduciendo de tan erróneo principio el poco mérito de las consecuencias. Á las grandes verdades opondrán grandes sofismas. Raza reñida con todo lo que sea espontáneo y entusiasta, verémosla husmear rincones con la caviliosidad de los celos, y hallar su ídolo en las sombras, ora se llame Américo Vespucio ó Lorenzo Coster, ya sea el

primero usurpador de un mundo físico, ya lo sea el segundo de un mundo moral. Cuando les sea imposible dejar de reconocer el hecho, apelarán á la rivalidad de nombres; y para ellos serán lo mismo los Eróstratos que los Rostopchin, los Coriolanos que los Arístides, los Augustulos que los Augustos.

Así nació la Imprenta. Entre la controversia y la agitación producida por las exigencias de Coster, de Dritzchen, de Dunne, de Riff, de Heilman, y de mil otros brujuleadores parásitos del feliz invento, que no temen ponerse frente á frente, para arrebatarse sus legítimos lauros, con los tres grandes genios que la amamantaron al calor de su imaginación exuberante: Guttenberg, Fust, Schœffer. (1)

Guttenberg, que inventa; Fust, que coadyuva á la realización del pensamiento; Schœffer, que le da cima gloriosa con la invención y aplicación de nuevos procedimientos. Guttenberg vislumbra, con la intuición del predestinado, igneos horizontes donde aparecen las páginas de la Imprenta, con caracteres fúlgidos trazadas; Fust es el digno consocio, el laborioso artista, el atleta infatigable que se penetra de la grande idea de Guttenberg, y que la pule y dilata hasta darle cuerpo en la esfera de la práctica; es quien concibe nuevas y luminosas y fecundas ideas sobre la idea matriz y generadora del hijo de Maguncia, viniendo á dar mayor vigor y lustre al nacimiento de la Imprenta; Schœffer, Schœffer el joven, el discípulo de Fust en otro arte, pronto supera con el fervido arranque de su inteligencia la misma inteligencia de Fust y de Guttenberg: él contribuye eficazmente con su consejo y ejemplo á la investigación de recónditos arcanos, al desenrañamiento de íntimos misterios, á la resolución de problemas asombrosos; él, no satisfecho del método xilográfico con que tan insigne pléyade de ingenios había hecho los primeros y muy útiles ensayos, impri-

(1) La Imprenta tuvo origen en Strasburgo en 1440, donde Guttenberg, que la inventó, estuvo avecinado desde 1434 hasta 1450, en que se trasladó á Maguncia, su patria, según el testimonio de Wimpheling, Mallinkrot, Naclero, Munster, Pancirola y otros. En Strasburgo hizo los primeros ensayos imprimiendo fragmentos, que aún se conservan, con letras sueltas de madera toscamente labradas, y que por su desigualdad y mal corte no daban resultado. Estos primeros instrumentos de la Imprenta se conservan, no obstante, y con muchísima justicia, en los Archivos de Strasburgo, según refiere Specklin en su *Crónica* de esta ciudad, en la cual también se celebra el año 40 de cada siglo un solemne centenario en conmemoración del feliz invento de la Imprenta.

Trasladado Guttenberg á Maguncia, asociase con Fust, que á su vez emplea en la común industria á Schœffer. En esta fecha, 1450, comienza la Imprenta á mejorar notablemente. Imprimen varios libros los tres socios según el método xilográfico ó tabelario, esto es, sobre planchas de caracteres en relieve, hasta que en 1452 Schœffer inventa los tipos móviles fundidos, calcados indudablemente sobre los esculpidos que Guttenberg ya usara en Strasburgo. Con los nuevos caracteres tipográficos se imprimieron el *Espejo de la Salud*, la *Gramática de Donnat*, las *Confesiones de San Agustín*, y algunos otros libros, entre los que debe contarse, según Trithemio, una *Biblia* latina anterior á la hermosa y renombrada de 1462, que es la que atrae y absorbe toda la atención de los eruditos. En 1457, cinco años después de la invención de los tipos móviles y cinco años antes de la aparición de la flamante *Biblia*, vió la luz un *Psalterio* magníficamente impreso con caracteres esculpidos en madera ó en bronce, del cual se hizo nueva edición en 1459. Esto indica que la composición estaba hecha, ó por lo menos muy adelantada, desde antes de la adopción de las letras sueltas fundidas.

En 1466 muere Guttenberg en Maguncia, pensionado y protegido por el elector Adolfo II, que ordena en 1468, el mismo año en que París lamenta la muerte de Fust, que se guarden con todo cuidado los primeros caracteres que aquél había usado en la ciudad, «sin que jamás, según escritura solemne depositada en sus Archivos, pueda distraérselos ni venderlos.» Schœffer se cree fué degollado en una revuelta civil de Maguncia, y dentro de sus mismos talleres, pero mucho después de la muerte de sus compañeros ilustres; pues en 1484 le trataba íntimamente el abad Trithemio, el cual dice publicaba por entonces numerosas obras tipográficas.

La casa de Maguncia en que los tres grandes artistas hicieron sus primeros ensayos tipográficos recibe por vez primera el nombre de *Imprenta*.

miendo un *Donato* y el *Catholicon Joannis Januensis*, remóntase á las regiones de la epopeya en alas de su inspiracion gigante, y lucha con la imposibilidad, con el destino, con lo increado, hasta arrancar á la Naturaleza el grabado de punzones, el picado de matrices y los moldes para fundir con metales entremezclados los tipos movibles, los verdaderos caracteres tipográficos; esos tipos, esos caracteres que desde entónces se usan y usarán por siempre en toda la periferia del globo, alimentando el espíritu con el pasto de la universal instruccion.

¡Qué diferencia ya entre la *Biblia* impresa con los movibles caracteres y el *Catholicon* estampado segun el método xilográfico ó tabelario! ¡Qué panorama inmenso, qué inconmensurable perspectiva se ofrece á las miradas sedientas de la humanidad, redimida de las tinieblas de la ignorancia con el prodigioso invento! Y ¡qué de angustias, qué de penalidades, qué de tribulaciones para los autores de la Imprenta ántes del último y satisfactorio ensayo! ¡Cómo apreciar los pesares y alegrías, las ilusiones y desengaños, la desesperacion y el abatimiento, los insomnios de tan preclaros artífices mientras germinaba la idea, mientras la semilla exhibia su preciado fruto? ¡Qué sencillo mecanismo despues de comprendido! Pero ¿y ántes de plantearlo? Ah! ¿Por dónde empezar para la realizacion del pensamiento? ¿Cómo tocar lo impalpable, cómo sujetar la letra escrita y deshacer unas palabras para formar otras, verificando con esa nueva trasmigracion de tipos siempre aprovechados el mágico milagro de reproducir infinitas copias con un solo original? ¿Cómo dar vida y forma á la idea vaga y fluctuante, á la abstraccion metafísica, á los delirios fantásticos, al atrevido deseo de encarcelar el pensamiento inconexo y aéreo que se revolvía en aquellas vívidas frentes? ¿Cómo convertir la idea científica en instrumento de arte, y de arte tan complicado como el de la Imprenta, del *Arte de las Artes*, para cuyos preliminares prácticos era indispensable el concurso de elementos tan heterogéneos, de tantas industrias, de tantos y tan costosos motores? Y no obstante, impelidos sus inventores por el viento bonancible del entusiasmo y de una incontrastable fe, ¿qué obstáculos surgirían que no fuesen al fin atropellados? ¿Qué significaban las dificultades, el imposible mismo, para el genio creador de aquellos titanes de la inteligencia? ¿Cómo no vencer en la lucha empeñada con las sombras, con el misterio, con la noche de los tiempos, ellos que llevaban en su mente el flamígero rayo de la ciencia? Rayo que hendiendo tinieblas, alumbrando los entendimientos y esparciendo bienes por la tierra, al descubrir la Imprenta surgiendo de entre vapores densos, y en su alborada tenue y crepuscular, debió mostrarles, salvando el tiempo y el espacio, esa gloria inmarcesible con que habia de saturarles la posteridad reconocida, y que no se extinguirá mientras que el sol exista.

Guttenberg, Fust, Schœffer! ¡Trinidad augusta de genios, insignes sobre los más insignes en la dilatada corriente de los siglos!.... ¿qué ofrendas colmarán vuestros afanes, ni qué honras llegarán á vuestra altura? Pero la primacía de la gloria es de Guttenberg: tócale de derecho por su iniciativa sobrenatural y fecunda..... ¡Brille eternamente la majestad de su fama, la excelsitud de su grandeza!

Él nació para sujetar el pensamiento y encauzarlo por límpidos álveos, deteniendo la palabra veloz que ántes huía; él debia eternizar las ciencias y las artes; ser la épica trompa que trasmitiese á las futuras edades

todos los ignorados grandes nombres, exornándoles con las galas de ostentosa popularidad; él debia ser glorioso exhumador de los grandes legisladores, de los historiadores insignes, de los poetas egregios, de los ilustres capitanes, de los grandes filósofos, de los célebres estadistas, que por él viven y vivirán en la memoria de la humanidad, conversando é identificándose con nosotros, á través de los siglos y generaciones, desde el fondo de sus venerandas tumbas. Guttenberg, el desvalido noble de Maguncia, el perseguido por deudas, el asendereado y menesteroso; posterior al Ciego de Smirna, coetáneo al Peregrino de la Rábida, precursor del Manco de Lepanto; Guttenberg condensaria en las páginas del libro los progresos todos de las ciencias y de las artes y de las industrias, y de todos los sistemas conocidos, y de todos cuantos por siempre jamas descubrirse puedan.

Él, con su portentoso invento, disipó las tinieblas de la Edad Media, y abatió la nefanda tiranía, y redimió al siervo humilde y oprimido. Asombró al mundo; difundió por todos sus ámbitos la bienhechora luz de la inteligencia, y consumó la revolucion más radical y grandiosa de cuantas hasta entónces, si exceptuamos el Cristianismo, habian tenido lugar sobre la haz de la tierra. Y esta preciosa conquista, este triunfo magnífico y supremo no costó sangre ni aún lágrimas al hombre; no sembró dolores ni tribulaciones; no surgió de ruinas lamentables. Su séquito sería el porvenir risueño; su cortejo la enseñanza del pasado; su bellísima y alegre cohorte las ilusiones del presente. Hija de la ciencia, de la meditacion y del perseverante trabajo, esta conquista debia ser pacífica, como lo son generalmente todas las del hombre sobre la Naturaleza. Así fué acogida con religioso entusiasmo por las almas elevadas, y así se apresuraron á gozar de sus fecundos resultados los grandes como los pequeños, los sabios como los ignorantes, publicando unos y leyendo otros los preciosos códices que hasta entónces, por su escasez y por lo costoso de su adquisicion, sólo habian sido patrimonio de los poderosos.

Refugiadas á la sazón las ciencias en los claustros, á los monjes correspondia la noble iniciativa de aquella propaganda civilizadora que la Imprenta llevaba en sus movibles caracteres, cual fuente de saber y germen de bienandanza para lo futuro. Y en verdad que no fueron apáticos á la empresa, contra la falsa aseveracion de los que pintan al Clero de aquella época como enemigo de los progresos sociales, pues de seguida establecieron imprentas en muchos monasterios, siendo los ministros de Jesucristo realmente los primeros impresores. Por el contrario, los poderes privilegiados acogieron el prodigio con espasmos de terror; y el Parlamento de París encarceló á Fust como *nigromante y endemoniado*; y la Magistratura británica, la Magistratura de la entónces ruda Inglaterra, opúsose tenazmente á la introduccion de la Imprenta en sus dominios. Era que, sorprendido el fanatismo en sus ilusiones de dominacion eterna, basada en la general ignorancia, vislumbró su próxima ruina en aquel sencillo mecanismo que empezaba á difundir por todas partes los humanos conocimientos, y tembló á la vista del nuevo horizonte que la publicidad abria á los pueblos oprimidos; horizonte que, al mismo tiempo que se anublaba para la supersticion de aquella época, tan hipócrita como tumultuosa, aclarábase para la consagracion de los derechos populares y de la perfecta igualdad prescrita en las caritativas páginas del Evangelio. Sí: temblaba ante la perspectiva de la publicidad del pensamiento,

rota ya la cárcel en que ántes vejetera, y afanábase por impedir su desarrollo y la irradiación de sus destellos: como si extendiendo un velo en el espacio pudiese eclipsar la rutilante luz del sol!

¿Qué importaban pues las estúpidas maquinaciones de déspotas soberbios y de envilecidos idiotas para impedir el fomento de la Imprenta, cuando ésta ya existía para no morir jamás? Ella, triunfante de todos los obstáculos, ostentábase pura y limpia, llena de inspiración y de ardor. Ella, enlazándose con la tradición y la posteridad, para sorprender los misterios de ésta y arrancarle á aquélla sus secretos, ufana y pujante se cernía, con sus alas de fuego y su corona de luz, sobre todas las grandezas y sobre todos los poderes y sobre todas las pompas del Universo. Ella disipará rancias preocupaciones, abrirá los veneros del saber, extenderá las ciencias y las hará asequibles á todos los hombres; destruirá los privilegios, legitimará todos los fueros y sancionará todos los derechos.

Ya se fué el tiempo en que los príncipes en guerra solían ajustar treguas mediante el préstamo de un libro; en que los magnates se excusaban de comprarlo por lo *elevado* de su precio, como que el solo empeño de dos tomitos de Cicerón bastaba á Tusco, preceptor del Petrarca, para restablecer su quebrantada fortuna. Ya se fué el tiempo en que media docena de volúmenes constituían la dote de la hija de un gran señor; en que el poderoso emperador Federico III no acertaba á recompensar de mejor modo al embajador Capnion que regalándole, al decir de un autor reputado, una *Biblia* «vieja hebrea;» en que, para enajenar uno de esos códices, se hacían «*escrituras solemnes*, con tantas formalidades como para una finca de cinco mil pesos.» Ya cesaron las congojas de los sabios por el anonadamiento de la literatura clásica, que veían viciada y prostituida en copias cuyo fárrago de abreviaturas, carencia de ortografía y de sentido resistíanse tenazmente á la legibilidad. «Los sabios del Norte y Mediodía, dice Philarette Chasles, registran las cuevas, los graneros, las papeleras para encontrar nuevos manuscritos que imprimir. El Pogge, todos los hombres de talento de Italia y Alemania, Leland en Inglaterra, consagran su vida á esta investigación: levantan *los sudarios de telaraña* que cubrían, como dice Leland, el rostro venerable de todos esos viejos héroes. Á la voz de los emperadores, de los reyes y de los abades se continuó con ardor la investigación universal. Fué preciso despedirse de aquel tiempo feliz en que los monjes de Croyland prohibían en sus Estatutos el préstamo de un volumen *bajo pena de excomunión*; en que la biblioteca de Oxford estaba reducida á tres ó cuatro, *guardados en un baul*, según dice el catálogo; en que un rey que necesitaba un libro, como el rey Juan, le pedía prestado al abad del monasterio vecino, y le daba de ello un recibo, que firmaba, *por haber recibido en préstamo el libro llamado PLINIO*. Vióse desaparecer de un golpe la poderosa nación de los copistas, y nacer las bibliotecas, los impresores, los libreros, los bibliófilos, los bibliómanos, los bibliófagos.» (1)

Éntrase en una nueva era. Trátase de restaurar los perdidos monumentos literarios. Los monjes han preferido los Santos Padres á los escritores clásicos, y mil veces han borrado las páginas de éstos para escribir

sobre el mismo pergamino los textos sagrados. «Pueden contarse con los dedos, dice César Cantú, las copias enteras de los escritos de Homero; una sola queda de las de Aristóteles; y tan pocas de Tácito y Livio, que se las podía considerar como perdidas doscientos años después de haber aparecido; y generalmente era tan difícil la comunicación de los libros, que ingenios no vulgares se dedicaban únicamente á compilar; y sólo por esto pasaron á la inmortalidad Trosgo, Justino, Valerio Máximo, Eutropio, Focio y el mismo Plinio el Mayor.» (1)

Y en otro lugar: «Mayores dificultades ofrecían los *palimpsestos*, en que, para dedicar á otro uso la hoja, se había raspado la escritura anterior. Muchos experimentos se hicieron á fin de conseguir que volvieran á aparecer los caracteres primitivos, y por último la química triunfó de todos los obstáculos. Ocurrió entonces un nuevo incidente. Al separar las hojas del antiguo manuscrito y disponerlas para otro nuevo, se habían alejado á veces dos trozos contiguos; á veces también una hoja se empleó en una obra, y la siguiente en otra distinta; además se las cortó en dos ó tres pedazos, ó se las cercenó, para adaptarlas á las formas que se quería dar al libro. Así pues, cuando la vista ejercitada hubo llegado á distinguir con el auxilio de un buen lente el antiguo carácter debajo del nuevo, sobrevino otra tarea no ménos penosa: la de coordinar la obra, reunir las partes separadas, llenar los vacíos; en una palabra, hacer revivir aquella árida osamenta. Tales son las fatigas á que debemos los recientes descubrimientos de muchos clásicos.» (2)

¿Qué diferencia del mundo antiguo al mundo moderno! ¿Quién será capaz de extinguir el rayo vivificador, de apagar el encendido faro? Por todas partes vuela el pensamiento impelido por la Imprenta, y ésta imprime, según dice Campano entusiasmado, más al día que ántes se escribía en un año. Y entonces no se usaban sino toscas prensas de madera y pequeñísimos moldes; como que la Imprenta estaba en sus albores! ¿Si hoy viesen aquellos prensistas las máquinas, que parecen edificios animados, donde se imprimen en pocas horas, como en París, Londres, Washington, New-York, periódicos de colosales formas, cuyas tiradas ascienden á muchas docenas de miles de ejemplares!....

La Europa entera se convierte en inmenso laboratorio tipográfico; y á los finales del siglo xv ya arrojan sus prensas numerosas obras literarias, difundiendo entre todas las clases los ricos tesoros científicos y literarios que, cubiertos del polvo de los siglos, yacían en oscuros archivos é ignoradas bibliotecas. Los pueblos empezaron á leer; con la lectura aprendieron á pensar; con la instrucción adquirida solidificaron sus ideas, y su espíritu agitóse fuertemente, como el huracán se agita en el espacio, y las olas en su lecho hirviente, y el volcán en sus hórridos senos, rebelándose contra su abyecta ignominia, y avergonzándose de llevar al cuello la cadena de la servidumbre y en el rostro el estigma del embrutecimiento. La letra viva, la letra impresa les enseñaba y persuadía; el geoglífico dejó de serlo; la gleba fué rota, y el pechero se contempló ciudadano libre é independiente. La ilustración cundía por do quiera; las leyes, hasta entonces recopiladas en ocultos pergaminos, salieron á la luz pública, y todo el mundo las estudió y á su vez pudo

(1) Tomamos este interesante párrafo de la *Historia de la Tipografía Española* del Padre Méndez, que con muchas y muy oportunas adiciones publica en estos momentos el laborioso y entendido colector Don Dionisio Hidalgo.

(1) *Historia Universal*, tomo v, pág. 14.

(2) *Ibid.*, tomo iv, pág. 278.



juzgarlas: sobrevinieron los comentarios á la historia y á la legislación, y se imprimieron como los libros que originaban la controversia; de idéntico modo aparecieron las disputas teológicas, las polémicas científicas, las disertaciones académicas: vino la luz, vino la publicidad en todas las regiones, y la aurora de la edad moderna brilló con vívido fulgor en esa nueva esfera que el genio sin par del grande, del inmortal Guttenberg habia creado con su divina invencion.

Tan completa revolución habia consumado el libro, el libro puesto al alcance de las muchedumbres: el furor, la moda de la Imprenta extiendese por todas partes, y muy pronto la adoptan las naciones de Europa. De Maguncia pasa á Italia, á Francia, España, (1) Holanda, Hungría, Inglaterra, Bélgica, Austria, Portugal, Suecia, Dinamarca, Baviera, Escocia é Irlanda, por el orden relacionado, y á Moscou por último, á la orgullosa Moscou, á esa *tercera Roma* segun la hipóbole de sus czares, que no la tuvo hasta 1564, esto es, un siglo despues de su invencion, y cuando el mundo entero estaba ya inundado de selectas obras tipográficas. Á poco se imprime ántes en Méjico, en ese pedazo de la *salvaje* América empapado con la sangre de Motezuma y de Guatimozin; pues en 1566, y bajo la protección del virey Mendoza, inaugurábase la Imprenta en aquellas lejanas playas.

Los primeros impresos tipográficos imitan perfectamente las más bellas escrituras del tiempo, que en 1471 y en Strasburgo se trasforman en el *gótico alemán* que hoy conocemos, al mismo tiempo que en París empiezan á usarse los caracteres *romanos* ó *redondos*, que BADEPULE en 1500 y despues perfecciona AMERBACH; en 1480 los israelitas imprimen *hebreo* en Soncino; en 1501 inventa Aldo Manucio el carácter *cursivo*, que luégo es importado en Francia por Colines; estámpase *griego* por vez primera en Italia, y el mismo Manucio, y más tarde Roberto Estienne, son sus intérpretes famosos; úsanse en Stockolmo y en 1611 los caracteres *rúnicos*; despues vienen los alfabetos *orientales*, la *música*, *americanas* y *ronaldas*, *normandas* y *egipcias*, *fletes* y *viñetas*, tipos *inversos*, la *estereotipia*; la prensa de *hierro* que reemplaza á la prensa de *madera*; la *máquina*, el *vapor*, la *electricidad*.

Pero volvamos al siglo xv. Las prensas *sudan*, segun gráfica expresion, y este sudor produce libros y más libros, que así varían de unos á otros pueblos como los diversos gustos y nacionalidades. Roma imprime los Santos Padres; Italia su literatura clásica; Alemania textos sagrados; Inglaterra libros caballerescos; Francia se consagra al análisis y á la crítica; y España á la recopilacion de todo lo selecto, clásico ó novísimo, sacro ó profano, hasta erigir á la ciencia y al arte monumento imperecedero con la impresion, por Brocario en Alcalá de Henares, de la famosa *Biblia Poliglota* del cardenal Cisneros, honra del Estado, ornamento de la Iglesia, y cuya memoria vivirá eternamente en la antigua Compluto, cuna afortunada del célebre prelado.

«Hasta el año 1500, dice César Cantú, se habian impreso en Florencia 300 obras, 298 en Bolonia, 629

en Milan, 925 en Roma, 2.835 en Venecia, y otras cincuenta ciudades tenían imprentas. Se publicaron en París 751 obras, 530 en Colonia, 382 en Nuremberg, 351 en Leipzig, 320 en Basilea, 526 en Strasburgo, 256 en Augsburgo, 116 en Lovaina, 134 en Maguncia, 169 en Dewenter, 141 en toda Inglaterra, de las cuales 130 se imprimieron en Londres y Westminster, 7 en Oxford y 4 en San Albano.» (1)

Estamos en la edad de oro de la Imprenta. Los rezagados restos del Feudalismo huyen ante la luz de la publicidad. Hay crímenes, mas se ocultan con cuidado: témense las represalias de la Imprenta. Los papas, los emperadores y magnates, y hasta las más impuras pero elevadas meretrices, quiérense congregar con el naciente astro. Son sus primeros y más fervientes adoradores Adolfo de Nassau y Luis XI, Paulo II y Enrique VIII, los Médicis y los Borgias, Cisneros y los Reyes Católicos, y hasta la incestuosa y pérfida Lucrecia. El impresor, honrado y enaltecido, forma á la cabeza de la sociedad. Ha muerto Guttenberg, y ha muerto Fust, y ha desaparecido Schœffer. Pero no les faltarán sucesores; y qué sucesores! Los Manucios de Italia, los Estienne de Francia, los Froben de Suiza, los Caxton de Inglaterra, los Brocarios de España, los Elzevrios de Holanda, los Plantinos cosmopolitas. Nicolas Jenson, conde palatino por Sixto IV, el primero en perfeccionar y embellecer el arte, y que trasladándose de Francia á Venecia, segun dice un autor, «hizo más célebre con su industria el gobierno del dux Barbarigo que el de sus antecesores;» Aldo Manucio, el amigo de Erasmo, el editor de sus célebres *Adagios*; Manucio el sabio, el grave, el promovedor ardiente del noble y levantado estilo de impresion; Daniel Bomberg, el espléndido, el opulento, el Crespo de los impresores, que gasta, segun Escalígero, tres millones de pesos en reproducir *Biblias* y *Talmudes* con notabilísimo esmero; Alberto Durero, que abandona el pincel para hacerse impresor en Nuremberg, y del cual decia el emperador Maximiliano que era «más fácil hacer siete condes de siete villanos que un Durero de siete condes;» Adriano Turnebeuf, «el sol de la Francia, el verdadero y fiel tesorero de toda la antigüedad,» como le llamaban sus contemporáneos, que abandona la Cátedra Régia de París para hacerse impresor como Durero; Juan Herbs y Francisco Rafflenghen, doctísimos en ciencias y en lenguas, y que asimismo dejan las suyas de Basilea y de Leiden por imitarle; Huberto Goltzio, el atildado, el

(1) *Historia Universal*, tomo iv, pág. 273.—Doloroso es que autor tan ilustre haya dejado en blanco á nuestra España en esa rimbombante revista de naciones y de obras tipográficas del siglo xv. No ha sido justo en verdad. En pocos pueblos se introdujo ántes la Imprenta y con más fruto que entre nosotros. Particularizar localidades, obras y fechas para demostrar que los españoles, durante ese siglo xv á que Cantú se refiere, no se dormían en aquella cruzada gloriosa de la civilización contra la ignorancia, sería tan prolija tarea, y alargaría de tal suerte esta digresion, que preferimos remitir al lector á la ya citada obra del Padre Mendez, en donde hallará un copiosísimo catálogo de obras clásicas y originales que con profusion se imprimían en todos los ángulos de la Península, siendo como el preludio de aquella asombrosa literatura que inmortalizaría á nuestros grandes escritores de los siglos xvi y xvii, al mismo tiempo que dictaría la ley á la literatura europea. Si además se considera lo complicado y difícil del reinado de los Reyes Católicos, que, al mismo tiempo que unificaban la Monarquía y domeñaban al Sarraceno luchaban con el Extranjero y conquistaban el Nuevo Mundo, se verá más claro el mérito y más flagrante la injusticia de la omision. ¡Triste destino de esta Nación infelice, oírse llamar siempre *noble* y *magnánima* por los extranjeros, y á continuacion verse tratada por ellos con el más insultante desden! ¡No parece sino que la coronan de flores para inmolarse! Véase pues si César Cantú merece que su mismo traductor el Sr. Cuesta diga, en una de sus muchas notas aclaratorias de sucesos erróneos, que aquel escritor «ni ha conocido á la España, ni quiere conocerla.» Dura es la frase, pero está justificada.

(1) César Cantú da á la Imprenta española, localizándola en Sevilla, la antigüedad de 1470, fecha en que aún no se conocía más que en Alemania, Italia y Francia. De Géronval cree se introdujo entre nosotros en 1471, y en Valencia. En esta misma provincia, pero en 1474, la coloca el Padre Mendez en su citada *Historia de la Tipografía Española*, como asimismo otros autores modernos. Mas estas dudas son de difícil aclaracion, por la anarquía que en punto á fechas reina entre todos los autores que de la Imprenta han escrito, y por la circunstancia de no precisarse en los primeros libros año ni localidad, como despues se hizo y se sigue practicando.

eruditísimo Goltzio, que establece en Brujas una imprenta para mejor imprimir sus propios libros, temeroso de las erratas que pudieran menoscabar su integridad literaria. Y Roberto Estéban, ese Apeles de la Imprenta, que, cual el famoso pintor griego, complaciase en exponer al público las pruebas de sus magistrales obras, para purgarlas con el consejo de todo error escapado á su perspicacia suma, y elevarlas á la perfeccion más verdadera. Es la aristocracia de la Imprenta, la dinastía de los impresores, segun Philarette; esa dinastía que se alza con el blason cuando el privilegio cae, y que todos aplauden y acatan, porque es su lema *la luz rompiendo las tinieblas*; esa dinastía de sabios impresores, cuyos nombres están grabados en las páginas que imprimieron; páginas universalmente estimadas y codiciadas, y cuyo mérito monumental acrece á medida que trascurre el tiempo. Todo es elogios, todo es diti-rambos á la Imprenta. Se ha trasformado el mundo.

Pero ¡ah, que la reaccion no está muy léjos! Semejante á las mareas del Océano, cuyo flujo y reflujo se suceden sin cesar, la Imprenta, al mismo tiempo que aspire las oleadas del aplauso, verá alzarse en su contra las furiosas olas de la represion. El pontífice Borgia resucitará la censura de Tiberio; Francisco I distraerá su hipocondría arrojando á las llamas á Dolet, gran filósofo y pensador, porque ha impreso una Biblia protestante. Se quemará en Roma, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, Francia y España, y será lo que arda hombres y libros. Los sultanes de Oriente prohibirán la Imprenta en sus dominios bajo pena de la vida, rechazando estúpida y criminalmente la civilizacion moderna; y el Segundo Carlos de Inglaterra, principe superficial é ingrato, descenderá al nivel de los Bayacetas y Tamerlanes reivindicando para su Corona los fueros de la Imprenta, y amenazando con la horca al impresor *por el mero hecho de serlo*.

Mas ¿qué importan los alardes terroríficos? Poderoso gigante del mundo moral, situado en su centro para templar la impresionabilidad y el vértigo de las pasiones, la Imprenta resistirá incólume las tentaciones de la lisonja y los embates del vituperio, como la roca granítica enclavada en los abismos resiste, siempre inmóvil y erguida, el beso de las auras y el azote de los huracanes.

Mas aquí está el periódico, que nació entretanto. Esa lengua de fuego, esa voz tempestuosa, esa pólvora, segun Dumas, más fulminante que la misma pólvora, esa daga más mortífera que la muerte. Será más poderoso que los cañones, más pujante que las bayonetas. El libro *mató aquello*, el periódico matará el libro. Se le teme, se le halaga, se le cohibe, se le persigue: al principio se le ha incensado: los grandes de la tierra pretenden sobornarle para tenerlo á su merced: es el poder más tremebundo y formidable de los tiempos modernos; y desde entónces hasta nuestros días, si muchos, como Armando Carrel y como el profundo Balmes, han ennoblecido y sublimado la hoja periódica con los resplandores de la verdad y de la ciencia, ¡cuántos otros, en cambio, la han escarnecido y deshonrado poniéndola al servicio de sus nefandas pasiones, y vendiendo cínicamente su conciencia, cual su fundador Pedro Aretino, al mejor postor en la subasta horrenda de la apostasía!

Viene luégo la calma, y otra vez los príncipes se muestran partidarios de la Imprenta. Felipe II hace su *archi-impresor* á Plantino; el mismo Carlos II no la mira con indiferencia; Felipe V costea de su peculio nuestro primer *Diccionario de la Lengua*, y Carlos III funda en

Madrid la Imprenta Real de España, colma á los tipógrafos de mercedes y les exime del servicio militar. Ya en Nápoles habia costado la suntuosa edicion del *Herculano*. Idéntica proteccion halla en las demas naciones, pero muy especialmente en Francia, donde Bossuet se rebela contra la censura; donde Malesherbes, precisado á secuestrarle á Diderot sus manuscritos, los oculta en su propia casa, y auxilia á Rousseau en la impresion del *Emilio*; donde se publica la *Enciclopedia* á despecho de la Sorbona; donde un rey tan infeliz como honrado, despues de acordar á los impresores franceses ventajas análogas á las dispensadas á los españoles por nuestro Tercer Carlos, no teme manchar su púrpura con la tinta de las *Máximas del Telémaco*, que por su propia mano imprime, sin sospechar siquiera que el rujido de la tormenta revolucionaria que á elevarse empieza pueda ser el mensajero infausto que le llevará al cadalso. Y en nuestros mismos días, mientras Napoleon III escribe para la Imprenta, fatigando las prensas con su multiplicada *Vida de César*, en España hay un príncipe que sabe hacer un libro, y la Reina demuestra su proteccion á la Imprenta amparando á los editores que impetran su auxilio, y suscribiéndose por *sesenta ejemplares* á una obra cuyo precio es el exorbitante de *ocho mil cuatrocientos reales* uno. (1)

Hoy existe la Imprenta en todo el mundo. Ha salvado los mares, ha traspuesto las montañas. Hasta los chinos la han adoptado, y la tienen dentro del palacio imperial, con lo cual cae por tierra el argumento de los que pretenden para el Celeste Imperio el privilegio de invencion, cuando su método es tan distinto del europeo como Europa de la China. En América la introdujeron los españoles; los portugueses en África, y en la India los ingleses, para no detenernos á particularizar localidades; pues sabido es que, allí donde la civilizacion se asienta, allí brotan como por encanto las imprentas. Vémoslo en la Argelia y en Fernando Poo, y más recientemente en Marruecos.

Detengámonos un momento en los Estados Unidos, que de intento dejamos para lo último, con el fin de rendir homenaje á la fecundidad de esa nacion poderosa, que no conociendo la Imprenta sino desde 1638, en que la introdujo el Reverendo Mister Glower, háse puesto á la cabeza del mundo en tan importante industria. La belleza de sus tipos, la delicadeza de su fundicion, su papel, sus tintas, su mecánica, todos sus artefactos en fin, sin olvidar su bella y correcta confeccion tipográfica, la colocan sobre Viena, sobre París, sobre Leipzig, sobre Bruselas, y sobre Londres mismo, tan amante y entusiasta por la Imprenta, que aún hoy conserva floreciente y rica la Compañía de Impresores y Libreros fundada hace trescientos setenta y tres años.

Hemos trazado á grandes rasgos el origen y primeros pasos de la Imprenta. Pluma más autorizada que la nuestra humilde debiera haber llenado la tarea; mas ha sido preciso hablar de pronto, y lo hemos hecho como impresor, no cual literato. Otras plumas, justamente acreditadas, cuidarán de restaurar las columnas de este Semanario, para darles el brillo que nosotros no hemos acertado á imprimirles.

(1) Segun tenemos entendido. Ya nos ocuparemos de esta obra á su tiempo.